

Cuidado con el pastor alemán

RAMIRO ESCOBAR¹

Benedicto XVI, el Papa n.º 265 de la Iglesia Católica Romana, cumplió el pasado 19 de abril su primer año de pontificado. A diferencia del mediático Karol Wojtyła, Joseph Ratzinger no ha salido mucho del Vaticano, ha hablado relativamente poco y ha canonizado aún menos. Dicho inmovilismo no es casual sino la consecuencia lógica de un Pontífice que vino a imponer su sello propio, pero a la vez a sellar, con más razón teológica que pasión espiritual, el legado de su inquieto predecesor. No aparece en el horizonte, al menos por el momento, un Papa revolucionario, audaz, sino un custodio de la ortodoxia ahora sutil, mesurado, pero que parece dispuesto a defender la moral sexual y otros achaques eclesiales hasta la muerte.

Se hará en Brasil», sentenció Benedicto XVI durante el sínodo de obispos celebrado en el Vaticano en octubre de 2005. Cuentan que lo dijo con firmeza, acabando así con un debate para definir si la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano —prevista para mayo de 2007— se hacía en Ecuador, Argentina o Chile. Su Santidad puso el amén en el tema.

Durante su primer año de pontificado, sin embargo, no se ha dado fe de episodios más abruptos o de razias contra los disidentes, sutiles o abiertos, de la «línea correcta» oficial católica. Es más: como para espantar prejuicios, Ratzinger se ha reunido con Hans Kung —teólogo al que sometió a disciplina desde su cargo anterior— y con representantes del difunto monseñor Lefebvre.

MÁS TEOLOGÍA QUE PAPAMÓVIL

Lo primero que salta a la vista es el talante tan radicalmente distinto del nuevo Obispo de Roma. No es viajero, no es mediático, tampoco se sale del libreto cuando le toca hablar en público —algo que le encantaba a Juan Pablo II— y, por añadidura, gusta de los gatos y el piano. Imposible verlo esquiendo, cantando y menos aún besando, emocionadísimo, el piso de una tierra extraña.

De todas formas, Ratzinger tuvo un pequeño baño de multitud en agosto del año pasado en Colonia, Alemania, durante la XX Jornada Mundial de la Juventud. Fue la primera vez que usó el papamóvil y hubo quienes interpretaron el episodio como el surgimiento de un carisma inesperado. Pero la verdad es que no hay signos de que se produzca un milagro en ese terreno.

En mayo de este año viajó a Polonia y visitó Auschwitz, en una gira no exenta de polémica. Algunos grupos de judíos objetaron que orara en alemán en el ex campo de concentración, pero para ellos Benedicto XVI pronunció unas calculadas palabras de disculpa: «Soy hijo de aquel pueblo en el que un grupo de criminales alcanzó el poder mediante falsas promesas».

Los movimientos notorios del nuevo Papa parecen, más bien, estar dirigidos a enderezar los — en opinión de Roma— renglones torcidos del catolicismo. Ha habido diversas reuniones en las que se ha alternado el discurso ecuménico con los argumentos teológicos, auténtica pasión de Ratzinger. Y es allí donde han aflorado atisbos de la línea político-eclesial de este pontificado.

Un movimiento importante fue la reunión con el ya aludido Hans Kung, ex amigo y ex colega de cátedra de Ratzinger (ambos fueron profesores en la Universidad de Tübinga, Alemania), celebrada el 24 de septiembre de 2005. El Papa se refirió al encuentro —que duró cerca de cuatro horas— como «fraternal» y en él trató de responder a la carta que Kung² le dirigió el 30 de mayo pasado.

Ratzinger lo sancionó desde su posición de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cargo que ejerció desde 1981 hasta que fue elegido Papa. Luego de la reunión, Kung publicó

un artículo donde señaló sus reservas por la nueva gestión, pero a la vez dijo que se trataba de «un conservador todavía libre en algún sentido, en todo caso no del todo y absolutamente estancado».

Otro movimiento, en la línea de apacentar las ovejas algo díscolas del catolicismo, fue el encuentro de agosto pasado con el obispo Bernard Fellay, actual director de la comunidad San Pío XII, fundada por el excomulgado obispo —ya fallecido— Marcel Lefebvre. La cita, se dijo, «transcurrió en un clima de amor a la Iglesia y de deseos de llegar a la perfecta comunión».

Las dos reuniones, a pesar de su esperable discreción, evidenciaron que Benedicto XVI se ha planteado la tarea de limar asperezas con finas herramientas teológicas. Aun así, hacia fin de año, tomó una decisión que en cierto modo reveló la solidez de algunas de sus ideas básicas: acabó con la autonomía de los frailes que custodian los restos del noble San Francisco de Asís.

Según el diario catalán *El Periódico*, el pecado de estos franciscanos consistió en que, en uno de sus encuentros interreligiosos realizados en 1986, unos animistas africanos mataron dos pollos en presencia de Juan Pablo II. Esa suerte de crimen pagano ha hecho que ahora dicha comunidad deba obediencia al obispo local, algo a lo que no está obligado, por ejemplo, el Opus Dei.

DE «PROGRE» A CENSOR

Entender estas decisiones y movidas pasa necesariamente por explorar el pasado, reciente y pretérito, de Ratzinger. No para detenerse en episodios como su fugaz pertenencia a las juventudes hitlerianas —una acusación barata, pues cualquier joven alemán estaba obligado a ello— sino, mejor, para observar su actuación en el seno y estructuras de la propia Iglesia romana.

El hoy Benedicto XVI fue nombrado Arzobispo de Múnich en 1977 por Pablo VI, pero acaso hitos más importantes en su carrera fueron su doctorado en Teología de 1953 y especialmente su participación como consultor en el Concilio Vaticano II (1962-65). Fue llamado para esa tarea por el arzobispo de Colonia, Joseph Frings, y rápidamente se ubicó en el «frente progresista».

Como explica Jesús Bastante, especialista español en temas religiosos, Ratzinger pertenecía incluso al grupo denominado *Konzilteenager* (Jóvenes del Concilio), que causó cierto susto a los teólogos más veteranos y conservadores. Estos «muchachos» proponían renovar la liturgia y las ideas, abrir las ventanas de los predios vaticanos. A fuerza, además, de argumentos sólidos.

La vena «progre» del actual Papa comienza a cambiar, al parecer, cuando en junio de 1977 es ungido como cardenal a los 50 años y apenas dos meses después de ser nombrado arzobispo. Al año siguiente participó en el cónclave que eligió a Juan Pablo I, y en 1980 fue el orador principal de la V Asamblea General del Sínodo de Obispos de Roma. Su ascenso fue terrenal y meteórico.

Hay razones para pensar que el Vaticano, al observar el potencial que tenía Ratzinger como teólogo, lo «capturó» para sus huestes en vez de dejar que creciera con autonomía en su propia jurisdicción. En 1981, Juan Pablo II lo nombró Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cargo del que no se movió hasta que el humo blanco le indicó otro camino.

La fama, algo exagerada, de «martillo de herejes» proviene de allí, ya que, en rigor, esa congregación vaticana es una versión contemporánea y actualizada de lo que fue el Santo Oficio. Ya no decreta la tortura o el ajusticiamiento ni de un sacristán, pero sí somete a examen riguroso escritos, declaraciones, libros, artículos y documentos producidos por la militancia eclesial.

A la cabeza de esa nave, Ratzinger censuró no solo a Kung, sino, además, entre varios otros, al redentorista alemán Bernard Haring, al dominico holandés Edward Schillebeeckx, al jesuita belga Jacques Dupuis, al claretiano español Benjamín Forcano. También, por supuesto, al franciscano brasileño Leonardo Boff e indirectamente a nuestro compatriota Gustavo Gutiérrez.³

PENSAMIENTO RATZINGER

No se puede decir de Ratzinger, empero, que es un conservador en estado puro, sin argumentos, reaccionario a carta cabal. Por el contrario, tiene un pensamiento estructurado, sólido, quizá rígido, pero bien plantado. Su primera encíclica, denominada *Dios es Amor*, lo confirma: es toda una disquisición detallada sobre el amor erótico, el amor-caridad, la fe.

El documento no tiene el «carácter programático» que, afirman los vaticanistas, suele tener la primera encíclica de un Papa. En otras palabras: se trata de un texto profundo, riguroso, pero que no traza las líneas maestras de lo que podría ser el nuevo pontificado. Esto ha hecho pensar que dejará cierta libertad de acción, aunque otras movidas papales sugieren lo contrario.

Una instrucción vaticana, publicada en noviembre de 2005 con aprobación de Benedicto XVI, reitera con rotundidad el impedimento de un homosexual para acceder al sacerdocio. «Su Director espiritual —dice el documento— debe disuadirlo, en conciencia, de proceder a la Ordenación». No hay, ni al parecer habrá, medias tintas en este y otros temas de siempre.

En el sínodo de obispos de octubre pasado, a pesar de que —como ocurre desde hace varios años— los temas del celibato y la comunión de los divorciados cobraron fuerza, no hubo ninguna revolución. El rumor que, al inicio del nuevo pontificado, corrió acerca de que este Papa abogaría por autorizar que comulguen los cónyuges abandonados y luego vueltos a casar se derrumbó.

Para que la verdad haga libres a los entusiastas de un cambio, hay que recordar que si bien Benedicto XVI se ha mostrado cordial y moderado en este primer año, no hay indicios de que modifique radicalmente lo que escribió en más de veinte libros. Entre ellos, en su obra *La sal de la Tierra* (1997), donde se explaya sobre el matrimonio, la homosexualidad, los preservativos.

Este Pontífice sin duda va a preservar lo instalado por Juan Pablo II, pero también sus propias palabras. Su actuación en el plano ecuménico, por citar otro aspecto, hay que leerla a la luz de la declaración «Dominus Iesus», que la Congregación para la Doctrina de la Fe, bajo su batuta, dio a conocer en el 2000, año del Jubileo, y que hasta ahora causa escozor en otras iglesias.

En dicho documento se afirma que «la plenitud, universalidad y cumplimiento de la revelación de Dios están presentes solamente en la fe cristiana». Tras su publicación, hubo una grito generalizada entre los evangélicos y otras confesiones, así como una carta de protesta de 73 teólogos, de distintos países, sosteniendo que con ello se desconocía al Concilio Vaticano II.

Al momento, Benedicto XVI ha protestado por las caricaturas de Mahoma, ha anunciado que se reunirá en Estambul, el próximo noviembre, con el Patriarca Ecuménico de Constantinopla,⁴ y ha hablado de tender puentes hacia los judíos y musulmanes. Un cambio radical, sin embargo, consistiría en variar su conocida posición de no aceptar a Turquía dentro de la Unión Europea.

Sobre las mujeres tampoco hay nada nuevo en la viña del Señor, salvo las referencias muy respetuosas a ellas en la primera encíclica y las menciones a Santa Catalina de Siena y otras «grandes mujeres». Pero sobre el sacerdocio femenino —tesis sostenida por Joan Chittister y Lavinia Byrne, dos teólogas sancionadas antes por él— o el aborto no hay novedad en el frente.

LA POLÍTICA BENEDICTINA

¿Ha hablado fuerte Benedicto XVI sobre los grandes problemas políticos contemporáneos? Es prácticamente imposible que un Papa no lo haga. Se vería pésimo. Además, las continuas arengas de Juan Pablo II en el escenario mundial forman parte de un legado que la nueva autoridad vaticana no puede desconocer. Solo que, acá también, el hombre es el estilo.

En su bendición «Urbi et Orbi» del pasado 25 de diciembre, el nuevo Papa habló de la «dramática situación humanitaria en Darfur» (Sudán), del «derecho de Israel a vivir en paz» y de la necesidad de que Palestina tenga un «auténtico y propio Estado». A Irak se refirió, cuidadosamente, señalando que esperaba que «prevalezca finalmente la paz sobre la trágica violencia».

Estas justas y necesarias alusiones contrastan con otros requiebros que causaron sorpresa, sobre todo en la izquierda europea. Poco antes de las elecciones italianas del 11 de abril, Ratzinger se reunió con Silvio Berlusconi en un momento en que la temperatura electoral estaba al rojo vivo. Luego, el 30 de abril, tuvo un encuentro con la plana mayor del Partido Popular Europeo.

Haciendo un paréntesis en su escasa devoción por las audiencias privadas, recibió a un centenar de delegados de este conglomerado político, entre los que se encontraba el frustrado candidato al gobierno español Mariano Rajoy.⁵ Entusiasmado, el nuevo Pontífice los convocó, casi en tono de cruzada, a combatir el laicismo, «esa cultura que se está expandiendo por toda Europa».

Cuando finalmente se confirmó la victoria de Romano Prodi frente a Berlusconi, Benedicto XVI expresó su preocupación por la posibilidad de que el nuevo gobierno legislara a favor de las parejas no casadas y las uniones homosexuales. Entonces, se produjo un primer desencuentro entre los dos poderes romanos que podría, a pesar del estilo benedictino, no ser el último.

Si se recoge rápidamente en un haz estos episodios, se puede atisbar que este Papa parece tener simpatías políticas discretas por quienes, él cree, pueden ayudarle a defender la fe. A la vez, reafirma la posición de su antecesor en materias que resultan sustanciales para que el Vaticano tenga una voz, influya e incluso logre emerger como mediador en crisis de envergadura.

Al interior del Vaticano la política de Benedicto XVI también ha sido «conservadora», en el sentido de mantener en sus puestos a los miembros de congregaciones, consejos y otros organismos eclesiales que trabajaron con Juan Pablo II. Incluyendo a Angelo Sodano, el Secretario de Estado, que según los chismes pontificios no tenía una buena relación con él.

¿Y América Latina? Aparte de la anunciada V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, Brasil (segundo centro católico más grande del mundo, después de San Pedro), tal vez con el ánimo de neutralizar a las sectas que proliferan en ese país, no hay mucho. La mención que hizo del continente en el mensaje «Urbi et Orbi» también fue discreta.

Pidió que se extirpe «la execrable plaga de los secuestros» y que «se consoliden las instituciones democráticas, en espíritu de concordia y solidaridad activa». No ha hecho referencias explícitas a la «opción por los pobres», lo que hace pensar que, consecuente con su línea teológica de los últimos años, no será precisamente el Papa de la esperanza para tantas comunidades de base.

Benedicto XVI, no obstante, sí canonizó a un santo latinoamericano: el jesuita chileno Alberto Hurtado (1901-1952), fundador del Hogar de Cristo en Santiago y que también enseñó la Doctrina Social de la Iglesia a los sindicalistas. Asimismo, convirtió en cardenal al arzobispo de Caracas, monseñor Jorge Urosa Savino, relativamente moderado frente al gobierno de Chávez.

Ambas decisiones no maltratan a nadie, pero a la vez sugieren una posición, digamos, centrista ante Latinoamérica, donde, como se sabe, cuando las papas queman, el Papa tiene que decir algo.

Por lo pronto, algunos obispos han comenzado a moverse para que en 2007 Benedicto XVI visite otros países del barrio, además de Brasil. Monseñor Cipriani estaría en esa danza.

LOS CAMINOS DE ROMA

¿Qué más se puede decir de este Papa circunspecto, discreto y algo sedentario? Podría coincidir con quienes afirmaron que se trata de un «Papa de transición», es decir de un Pontífice mayor que no gobernará por largos años, y cuya misión temporal será apuntalar lo establecido por Juan Pablo II. Después vendría, si Dios quiere, un «Papa revolucionario».

Según las profecías de San Malaquías (obispo del siglo IX), Benedicto XVI sería el «Papa del Olivo», el de la paz entre todas las religiones, y luego vendría el apocalíptico Pedro II, que presenciara la destrucción de Roma. Como van las cosas, Joseph Ratzinger se perfila más bien como un guardián de la ortodoxia católica, con vocación sólida y por los siglos de los siglos.

1 Periodista especializado en temas internacionales.

2 Kung es autor de varias obras, entre ellas *Ser cristiano*, texto de referencia para laicos y cristianos. Además, siempre ha sostenido que no acepta «una autoridad o disciplina terrena, mundana o eclesiástica del tipo que sea».

3 El 6 de agosto de 1984, la Congregación para la Doctrina de la Fe parió el documento «Instrucción sobre algunos aspectos de la "Teología de la Liberación"», que se ocupa de las desviaciones de «algunas teologías de la liberación». Se trataba de una crítica indirecta a las obras de Gutiérrez y otros teólogos de esa corriente eclesial.

4 El actual es Bartolomé I. Se trata del máximo cargo honorífico de la Iglesia Ortodoxa, que no confiere autoridad sobre las iglesias ortodoxas locales.

5 En julio de este año está prevista una visita de Benedicto XVI a España, donde el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero carga con el «pecado» de haber aprobado por ley el matrimonio homosexual. La visita del Papa no parece, por eso, algo casual. ■